LA PALABRA DE LEON FELIPE

La palabra de León Felipe, solo, encendida en su soledad, no se distingue de la de otros hombres: mar, espejo, llave, mula de la noria... Cuando sus primeros poemas, cuando era un caminante que miraba el mundo y el verso se le ahilaba con el peso de su propia gravedad, la poesía española huía del preciosismo modernista en busca de otros preciosismos más encubiertos. El no rebusca el vocablo, no persigue el neologismo, no hace nueva la palabra a pura desnudez de lo no lírico. Es fácil la parodia que encierra la verdad de su ser:

León Felipe, ¡duelo!
No tiene
ni
patria
ni
silla
ni abuelo...

Apenas tiene nada. Se tiene a sí mismo, y únicamente nos puede decir algo de lo que es por la palabra. Y si la palabra es bella arriesga ser artística, artificial. La fuerza está en lo que la palabra encierra. Muchas veces no es perfecto el instrumento, la palabra no dice bien lo que él lleva dentro. El sentido que se quiere expresar con un grupo de sonidos no cabe en ellos. Los destruye. Los cambia por otros. (Pienso en la "alocución poemática", *La Insignia.)*

La palabra vulgar, diaria, henchida de poesía, se ilumina por su cargazón, como algo que no vemos y arde dentro del poeta. El caminante, el romero está entre los hombres. Y los hombres están sacudidos por pasiones y necesidades eternas, primitivas. Ya no se puede caminar mirando a lo lejos. No puede hacerlo el entregado a la profesión poética. Profesión y profecía.

Por eso se ha visto siempre en León Felipe algo del profeta bíblico al que la poesía se le va a la imprecación, la voz al treno, la frase bella a la sentencia implacable e hiriente.

León Felipe, con su barba, quieto, reposado, mirando al frente—probablemente sin ver a un muchacho delgado, o a varios muchachos discutiendo—en aquel remansado *Lión d'Or,* una tarde, y otra. Terciopelos rojos, columnas. "Belle epoque". En la calle de la Paz. Pero todo mentira, la paz, el escenario, la supuesta tranquilidad en la mirada silenciosa.

Luego, algo que no es extraño a la vida del profeta: el éxodo, las gentes desconocidas, el ámbito extraño al sonido de la canción, quizá los oídos sordos, los ojos enfocados en otros horizontes.

Pero la voz del poeta—que no sale de su sencillez, de su cotidianidad—se enciende al rojo, lanza palabras ciclópeas, clama, gime, amenaza, protesta y se refrenda a sí misma con la conciencia de su existir:

¡También cuenta el llanto extraviado
que se traga la arena del desierto!



JORGE CAMPOS